

IDENTIDAD Y MISIÓN DE LAS HERMANDADES DE SEMANA SANTA

José-Román Flecha Andrés
Universidad Pontificia de Salamanca

INTRODUCCIÓN

En el mismo título elegido para esta reflexión se encuentran tres alusiones importantes que suponen otros tantos desafíos a la hora de articular el discurso¹.

La primera se refiere a la denominación de estas asociaciones religiosas. Hablar de las hermandades y cofradías supone, ya a partir de la misma etimología de la palabra, evocar el don y la tarea de la hermandad. Ese detalle es muy significativo en una sociedad que parece haber querido sustituir la vivencia y el lema de la fraternidad por la simple solidaridad. Hablar de la fraternidad que las hermandades anuncian y profesan es ya una denuncia del individualismo y del desentendimiento social.

La segunda observación nos remite a la Semana Santa. Ahí se encuentra la nota especificativa que diferencia a nuestras hermandades y cofradías de cualquier otra asociación cultural o recreativa, asistencial o benéfica. La alusión a la Semana Santa significa aquí que estamos dispuestos a evocar el misterio de la Redención. La figura del Redentor. Y la experiencia de los redimidos.

La tercera referencia se centra en el propósito de analizar la identidad y la misión de las hermandades. Al mencionar los aspectos religiosos y sociales de estas instituciones habrá que recordar, una vez más, la finalidad con la que nacieron. En ella se encuentra reflejada la razón que les dio origen y la misión a la que estaban y están llamadas. Precisamente en este momento de secularización de nuestra sociedad es preciso recordar que en las hermandades de Semana Santa, como en todas las antiguas cofradías, era tan importante la dimensión vertical cuanto la horizontal. La dimensión vertical de

la vida del creyente, abierto a Dios, no excluye sino que exige como complemento y criterio de verificación la atención afectuosa y eficaz a los hermanos. Si se toma el otro punto de partida, es preciso observar que el ser humano no se agota en la dimensión horizontal de su existencia, sino que ontológicamente está abierto al mundo de la trascendencia, de lo sagrado y de lo religioso.

El título de nuestra reflexión admitiría diversas derivaciones metodológicas. En este caso, la reflexión se sitúa en las coordenadas del tiempo, que nos ayudan a “recordar” el pasado, a adquirir conciencia del presente y a “acordar” las líneas que anticipan el futuro de las hermandades.

EVOCANDO LA HISTORIA

Durante la Semana Santa recuperan protagonismo las hermandades y cofradías. Se suele decir que las primeras organizaciones de cofrades parecen haber surgido para fomentar el culto a la Virgen María. El Concilio de Letrán (a. 1180) atestigua que existen en muchos lugares. Pero es en los siglos XIII y XIV cuando comienza su florecimiento. La guerra, el hambre y la llamada “peste negra”, que asoló Europa en torno al año 1348, favorecieron las agrupaciones de caridad. En muchos lugares sobreviven las antiguas hermandades de difuntos, que acompañaban a los moribundos y enterraban a los muertos que ya no contaban con familiares.

Por otra parte, la fiesta del *Corpus Christi*, instituida en 1246, había originado la creación de asociaciones de fieles para contribuir al esplendor de esta celebración

¹ En este texto se recogen algunas de las ideas ya expuestas en una ponencia anterior; cf. FLECHA, J.R. “Aspectos religiosos y sociales en las cofradías penitenciales”. En *Actas del IV Congreso Nacio-*

nal de Cofradías de Semana Santa. Ed. A. Hernández. Salamanca: 2002, pp. 507-521.

eucarística². En el siglo XVI, el papa Paulo III creó en Roma la cofradía de la Minerva para favorecer el culto a la Eucaristía.

En su memorial al Concilio de Trento, San Juan de Ávila denuncia los robos y males que se detectaban en las cofradías y cómo, por sus propios intereses, se oponen los cofrades a cualquier intento de reforma que promuevan los obispos. En el memorial que enviaba al Concilio de Toledo, el santo instaba a los obispos a crear cofradías que cuidasen de los pobres y de los enfermos, con tal de que el obispo se preocupara de pedir cuenta de sus actuaciones.

Juan Pablo II, en su exhortación apostólica sobre “Los cristianos laicos” reconoce que “la asociación de los fieles siempre ha representado una línea en cierto modo constante en la historia de la Iglesia, como lo testifican, hasta nuestros días, las variadas confraternidades, las terceras órdenes y los diversos sodalicios”³. El mismo documento ofrece cinco criterios que definen las asociaciones laicales:

- *El primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad.* Las cofradías han de promover la santidad en la Iglesia.
- *La responsabilidad de confesar la fe católica.* Las cofradías han de ser un lugar en el que se anuncia y se propone la fe, y en el que se educa para practicarla en todo su contenido.
- *El testimonio de una comunión firme y convencida en filial relación con el Papa y con el Obispo,* de forma que las cofradías fomenten la unión y el apostolado en el respeto mutuo.
- *La conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia.* A las cofradías se les pide un ímpetu misionero que las lleve a una nueva evangelización.
- *El comprometerse a una presencia en la sociedad humana.* A la luz de la doctrina social de la Iglesia, las cofradías deben colaborar en la creación de unas condiciones más justas y fraternas en la sociedad.

Más recientemente, el papa Benedicto XVI recordaba que “las cofradías son un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor, que impulsa a abrir el corazón a los demás, de modo especial a quienes se encuentran en dificultades”. Por ello decía a los cofrades:

“Os pido sobre todo que cuidéis vuestra formación espiritual y tendáis a la santidad, siguiendo los ejemplos de auténtica perfección cristiana, que no faltan en la historia de vuestras

*cofradías (...). Hoy es más necesario que nunca cultivar un verdadero impulso ascético y misionero para afrontar los numerosos desafíos de la época moderna”*⁴.

Así pues, las hermandades y cofradías de Semana Santa han aparecido en la vida de la Iglesia tan sólo en el segundo milenio cristiano.

Aunque es cierto que existen algunos ejemplos ciertamente preciosos en la baja Edad Media, las hermandades comenzaron a multiplicarse en los tiempos de la modernidad. Seguramente su aparición fue providencial, puesto que, por una parte, era preciso dar un testimonio público de la fe católica ante el fenómeno de la división de la cristiandad y, por otra parte, comenzaban a articularse los estados nacionales.

Las hermandades surgieron en las comunidades cristianas con el fin de ayudar a los fieles a vivir las dos dimensiones que implica el anuncio y la celebración del misterio de la Redención: la dimensión cultural y la dimensión asistencial.

La celebración litúrgica

A la dimensión religiosa de las hermandades se ha referido el papa Benedicto XVI en el discurso a las cofradías de Italia.

*“Muchas de ellas, suscitadas por personas llenas de celo, se han convertido pronto en asociaciones de fieles laicos dedicados a poner de relieve algunos rasgos de la religiosidad popular vinculados a la vida de Jesucristo, especialmente a su pasión, muerte y resurrección, a la devoción a la Virgen María y a los santos, uniendo casi siempre obras concretas de misericordia y de solidaridad”*⁵.

La celebración del culto litúrgico da origen también a las hermandades de Semana Santa. Se podría decir que el culto las estaba necesitando, tanto por lo que se refiere al objeto que en él se celebra cuanto por lo que se refiere al lenguaje con el que se expresa lo celebrado.

El objeto del culto está impregnado de misterio y de solemnidad. La referencia al misterio no afecta tanto al carácter arcano y difícil de lo celebrado, cuanto a la riqueza de los “misterios” de la salvación que en él se evocan y presencian. Esto es especialmente notable en los misterios de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, que se celebran durante la Semana Santa

Por otra parte, la solemnidad de la celebración cultural, sobre todo en esos días santos, comparte a la vez las notas típicas de lo sagrado, siempre percibido como

² Cf. DUHR, J. “Confréries”. En *Dictionnaire de Spiritualité*. Vol. 2, col. 1469-1479, donde se encontrará numerosos datos históricos sobre el nacimiento, las actividades y la piedad de las cofradías; ver también FERNÁNDEZ PRIETO, E. “Sobre los orígenes de las cofradías y procesiones de Semana Santa”. En *Actas del III Encuentro para el estudio cofradiero: “En torno al Santo Sepulcro”*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 1995, pp.

347-351, así como los demás trabajos incluidos en la sección III. Historia Cofradiera.

³ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.II.1988) 29.

⁴ BENEDICTO XVI, Discurso a la Confederación de Cofradías de las Diócesis de Italia (10.II.2007).

⁵ BENEDICTO XVI, *l.c.*

tremendo y fascinante. En cualquier caso, la solemnidad del culto, que recordaba los sufrimientos del Justo, su crucifixión y sus apariciones a los discípulos, una vez resucitado, resultaba un tanto lejana a la comprensión de las gentes y de la sensibilidad popular.

Por lo que se refiere al *lenguaje celebrativo*, es evidente que se presentaba a los ojos de los fieles rico en signos, como el agua y el fuego, y lleno del dramatismo que revisten siempre y en todas partes las representaciones de la muerte.

Pues bien, las hermandades de la Semana Santa constituían un intento, sencillo y osado a la vez, de acercar a los laicos al altar, en cuyo entorno se celebraba el culto sagrado. Gracias a ellas, la celebración se convertía en catequesis cercana y participada. Las hermandades contribuían con su presencia y su actuación a la celebración litúrgica.

Para comenzar, favorecían el “cumplimiento” pasual de los cofrades. Además, aportaban en cierto modo otros “ministros” suplementarios para una celebración que requería la presencia de personas adultas. Y, después, continuaban esa celebración litúrgica, acercándola a la piedad popular. Ese acercamiento tenía lugar en el templo, pero también en el espacio circundante. La celebración de la *via crucis*, las escenificaciones de la pasión y resurrección del Señor y las procesiones con las imágenes de su dolor y su muerte se convertían en anuncio del evangelio y en meditación sobre los misterios sagrados.

Obras asistenciales

Por otra parte, las hermandades asumieron pronto la otra finalidad, centrada en la asistencia social. También a esta dimensión de las cofradías se ha referido el papa Benedicto XVI en el discurso citado:

*“Desde los orígenes, vuestras cofradías se han distinguido por sus formas típicas de piedad popular, a las que se unían muchas iniciativas de caridad en favor de los pobres, los enfermos y los que sufren, implicando a numerosos voluntarios, de todas las clases sociales, en esta competición de ayuda generosa a los necesitados”*⁶.

Añade a continuación el Papa que esta actividad social de las cofradías y hermandades surgió precisamente en un momento de la historia, “cuando aún no existían formas estructuradas de asistencia pública que garantizaran intervenciones sociales y sanitarias a los sectores más débiles de la colectividad”. Esa función supletoria de estas organizaciones eclesiales no debería ser olvidada en nuestros días. Su actividad ha sido pionera en muchos campos que posteriormente han sido atendidos por las instituciones asistenciales del Estado.

En los primeros tiempos, y por lo que se refiere a las cofradías sacramentales, su primera finalidad asistencial era de tipo religioso: consistía, en efecto, en acompañar al sacramento de la Eucaristía cuando, en forma de viático, se administraba a los enfermos. Era aquel un piadoso y elocuente gesto de comunidad en la fe. Pero el acompañamiento no se limitaba a esos momentos difíciles de la enfermedad. Los cofrades se comprometían con frecuencia a acompañar a los hermanos muertos hasta su última morada y a ofrecer sufragios por su descanso eterno. Así lo hemos comprobado todavía hoy en algunos lugares de Italia, como el pueblo de Luras, en Cerdeña.

Las otras cofradías, con frecuencia autodenominadas como penitenciales, incluyeron en sus estatutos obras sociales muy variadas, como la fundación y sostenimiento de hospitales, que solían llevar nombres tan significativos como la Piedad o la Misericordia. En Portugal tenemos ejemplos todavía visibles de la importancia que han tenido las casas de Misericordia.

En algunos casos, las hermandades descubrieron otros amplios horizontes para la caridad y la fraternidad cristiana y se dedicaron a buscar dineros destinados a redimir a los cautivos, a facilitar una dote digna a jóvenes doncellas, a rescatar a algún preso o condenado por la justicia. Es interesante constatar cómo esos dineros no sólo procedían de donativos y limosnas, sino que las hermandades y cofradías instituyeron con frecuencias un capital de bienes inmuebles, de cuyas rentas se nutrían esas iniciativas asistenciales.

Piedad y fraternidad: dos valores humanos y cristianos que no habría que olvidar⁷. Tanto por lo que se refiere a su dedicación al culto cuanto por lo que afecta a su vocación social, la lección de las antiguas hermandades merecería ser recordada con frecuencia y continuada hoy con esa mezcla de fidelidad y creatividad que exigen las nuevas circunstancias actuales.

UNA SOCIEDAD NUEVA

Efectivamente, es preciso tener en cuenta la mutación de los tiempos que nos ha traído hasta la situación presente. Son muchos los estudios que se han hecho sobre el estado de la sociedad actual, en general, y sobre la vivencia de la fe en particular. Quede aquí tan sólo una referencia a dos características que están demandando esa presencia renovada de las cofradías de Semana Santa en el seno de nuestra Iglesia. Nos referimos a la secularización de la sociedad y a la institucionalización de la asistencia social.

⁶ BENEDICTO XVI, *l.c.*

⁷ Cf. FLECHA, J. R. “La fraternidad como vocación ética”. En *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*. Ed. J.L. Illanes. Pamplona: Universidad de Navarra, 2000, pp. 409-425.

Secularización de la sociedad

Es fácil hablar de la secularización de la sociedad, pero no es tan fácil precisarla. Se puede señalar como su punto de partida la reivindicación de la autonomía del ser humano, que pretende vivir en el mundo “como si Dios no existiera”. La secularización ha afectado a las técnicas, a la ciencia y a las artes, al derecho y a la justicia, a la concepción de la autoridad y al gobierno de los pueblos⁸. Por último, la secularización ha terminado por afectar también a la ética, es decir a la comprensión y determinación del bien y del mal, de lo que se debe hacer y lo que no se puede hacer⁹.

Con la secularización de la sociedad se ha perdido la clave que ayudaba a vincular el significativo con el significado. Esta pérdida se puede constatar en muchos campos de la cultura, pero es especialmente llamativa en el terreno religioso. Al menos en el ámbito de la cultura occidental, los signos religiosos han dejado de ser significativos.

El lenguaje religioso ha perdido con frecuencia sus referencias primigenias, sobre todo, por causa de la ignorancia religiosa. Si no se conoce el contenido de los misterios de la fe, resultará incomprensible el lenguaje con el que se transmiten o celebran. En ese caso, los signos religiosos se convierten en gestos puramente culturales. Y éstos, en simple manifestación folklórica.

En este contexto, en el que la secularización afecta tanto a los miembros de las cofradías de la Semana Santa cuanto a las personas que perciben sus actuaciones, es preciso preguntarse por el ser y el quehacer de las mismas.

Por lo que se refiere a su *identidad*, habrán de preguntarse si son verdaderas asociaciones de cristianos, si sus miembros han decidido serlo en virtud de una exigencia de su propia fe, si se preocupan por mantener las señas de la identidad confesional que debería afectar tanto a la persona cuando a la institución.

Por lo que respecta a su *misión*, deberán interrogarse sobre su intención, sus posibilidades y sus dificultades para asumir y actualizar la triple misión de Cristo que, se refleja en la triple misión de la Iglesia: la de la evangelización, la de la celebración y la del ejercicio de la caridad.

- La *evangelización* la realizan de hecho con sus desfiles procesionales, que hacen visible el misterio del Justo injustamente ajusticiado. En un mundo, en el que la imagen ha arrebatado la supremacía a la

palabra, las procesiones representan uno de los momentos privilegiados de la manifestación del icono sagrado en la sociedad secular. Es de esperar que hermandades y hermanos, cofradías y cofrades también contribuyan voluntariamente a la tarea evangelizadora. Su presencia y su misión, conscientemente asumidas con espíritu cristiano y eclesial, pueden constituir un anuncio interpelante en medio de la sociedad secular¹⁰.

- Por desgracia, la *celebración* de la fe en Jesucristo paciente, muerto y resucitado queda en ocasiones fuera de la conciencia de los miembros de las hermandades y cofradías de Semana Santa. Nacieron para ser lenguaje de un acontecimiento, pero se han convertido a veces en un lenguaje sin acontecimiento. En una expresión religiosa sin experiencia religiosa¹¹.

Un mínimo de coherencia debería llevarnos a todos a preguntarnos por la verdad última de esa epifanía o manifestación de lo sagrado que parece no preocuparse de la autenticidad de la vivencia de lo sagrado. En un mundo secularizado el mayor servicio que las cofradías pueden prestar a la sociedad es precisamente el de ser testimonio vivo y creíble del misterio del sobrenatural. El de ser testigos de Dios, de su majestad, de su gloria y su belleza, de su misericordia y de su amor a la humanidad.

- En cuanto al *servicio de la caridad*, hay que reconocer que es muy diferente el grado de participación que se observa en las hermandades y cofradías de Semana Santa. Algunas de ellas mantienen un itinerario ejemplar de colaboración con organización y servicios asistenciales, mientras que otras producen un cierto escándalo en los que comparan sus enormes gastos de representación con su escasa ayuda a los pobres.

Institucionalización de la asistencia

Dios necesita las manos de los hombres y de las mujeres que creen en él para curar, salvar y acariciar a los hombres y mujeres que sufren. El amor de Dios a la humanidad se manifiesta en los gestos de la compasión humana.

Pues bien, también esta segunda vertiente de la misión de las cofradías se ha tornado especialmente difícil en el mundo de hoy. La sociedad se ha hecho cada

⁸ Recuérdese el famoso diagnóstico de esa nueva situación trazado por COX, H. *La ciudad secular. Secularización y urbanización en una perspectiva teológica*. Barcelona: Península, 1968.

⁹ Sobre este tema puede consultarse JIMÉNEZ BLANCO, J. *La secularización en España*. Bilbao: Ed. Mensajero, 1972; OVIEDO TORRÓ, L. *La secularización como problema. Aportaciones al análisis de las relaciones entre fe cristiana y mundo moderno*. Valencia: Facultad de Teología ‘San Vicente Ferrer’, 1990.

¹⁰ Cf. RAMOS GUERREIRA, J. “Semana Santa: Tradición y Evangelización”. En *Actas del III Encuentro para el estudio cofradiero: “En torno al Santo Sepulcro”*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, 1995, pp. 462-475.

¹¹ Sobre estas y otras deformaciones, véase ROSSO, S. “Procesión”. En *Nuevo Diccionario de Liturgia*. Adapt. Juan María Canals. Madrid: Ed. San Pablo, 1987, 1639-1648

vez más compleja. Hoy es difícil prestar una asistencia espontánea a los necesitados. Las funciones asistenciales más importantes han sido institucionalizadas y asumidas por la administración pública o por grandes compañías privadas con ánimo de lucro.

Es cierto que, en un mundo tecnificado, la asistencia a los necesitados requiere que la buena voluntad esté acompañada por una técnica especializada. Los miembros de las cofradías difícilmente podrán ejercer por sí mismos las funciones asistenciales, pero si todavía las promueven o regentan podrán contribuir a dar trabajo a empleados especializados en esas instituciones.

Benedicto XVI ha llamado la atención sobre el riesgo de entender las hermandades y cofradías como una simple organización benéfica:

“Las cofradías no son simples sociedades de ayuda mutua o asociaciones filantrópicas, sino un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor, que impulsa a abrir el corazón a los demás, de modo especial a quienes se encuentran en dificultades”¹².

Con todo, aquella posibilidad asistencial que caracterizaba en otro tiempo a las cofradías no se ha cerrado del todo. Las grandes hermandades de Sevilla y de otros muchos lugares siguen conservando y promoviendo su famosa “bolsa de caridad”. Hoy es preciso preguntarse por las nuevas formas de asistencia a los necesitados que continúan abiertas y disponibles a la generosidad de los cristianos. Por muy tupidas que sean las redes de la asistencia institucionalizada, siempre habrá pececillos que se escapen por entre las mallas. Siempre habrá nuevos pobres, nuevos enfermos y nuevos marginados que requieren de una atención pionera, que, con el tiempo, será previsiblemente institucionalizada. En este momento, puede tratarse, por ejemplo de la atención e integración de los inmigrantes o de otras personas que se sienten discriminadas en la sociedad.

Por otra parte, el fenómeno del voluntariado constituye hoy un signo de los tiempos y puede significar una llamada para las mismas cofradías. Lo que muchos hombres y mujeres están haciendo en favor de niños, jóvenes y ancianos, a partir de un planteamiento de vida centrado en la solidaridad, ¿no van a poder hacerlo los cristianos a partir de la radicalidad de su fe, del dinamismo de su esperanza y de la fuerza del amor de Dios que ha sido derramado sobre ellos? Durante su viaje a Austria, tras hablar del sentido general del voluntariado, el papa Benedicto XVI se ha referido a su sentido específicamente cristiano:

¹² BENEDICTO XVI, *l.c.*

¹³ BENEDICTO XVI, Discurso a los colaboradores voluntarios de los organismos de ayuda (9.9. 2007).

¹⁴ A ese tema nos hemos referido ya en más de una ocasión; cf. FLECHA, J.R. “Religiosidad en la Semana Santa”. En *Studium Legionense*. Número 34, 1993, pp. 107-127; publicado de nuevo con algunos

“Los voluntarios no comprenden de modo estrecho el concepto de prójimo; reconocen también en el “lejano” al prójimo que es aceptado por Dios y al que, con nuestra ayuda, debe llegar la obra de redención realizada por Cristo. El otro, el prójimo en el sentido del Evangelio, se convierte para nosotros en un interlocutor privilegiado ante las presiones y las constricciones del mundo en el que vivimos. Quien respeta la “prioridad del prójimo” vive y actúa según el Evangelio y participa también en la misión de la Iglesia, que siempre mira a todo el hombre y quiere hacerle sentir el amor de Dios”¹³.

Así pues, si en la actividad asistencial, las hermandades pueden parecerse a otras agrupaciones benéficas u organizaciones no gubernamentales, es el espíritu religioso el que ha de marcar la identidad y la diferencia específica de la vocación que mueve a sus miembros.

EL HORIZONTE DE LA ESPERANZA

La observación de la realidad del presente no debería dar pie al pesimismo. Este es nuestro tiempo y es, en su ambigüedad, un tiempo de tentación y de gracia. En él hemos sido plantados y en él se espera que florezcamos y demos frutos para la vida del mundo. Y en él seguimos descubriendo los grandes valores que se encuentran detrás de los dilemas que nos plantea la vivencia de la religiosidad popular en la Semana Santa¹⁴.

Sin embargo, la visión del presente no nos permite acomodarnos definitivamente ni en el sosiego ni en el desasosiego que pudiera suscitar. Como los centinelas, cantados por el salmo (130,6) miramos al futuro tratando de adivinar los pasos de Dios. Es preciso alzar los ojos y mirar al futuro, con aquella actitud avizorante que Pablo atribuía al aguardo esperanzado (Rom 8,19).

Con esa actitud, a la vez humana y creyente, nos atrevemos a imaginar el futuro.

Anuncio cristiano en la nueva sociedad

No sabemos exactamente como será el “porvenir”, pero podemos continuar al menos algunas líneas del presente para tratar de adivinar y anticipar su trayectoria. ¿Cómo será la sociedad del mañana? Y, sobre todo ¿qué papel podrán y deberán desempeñar en ella las cofradías de Semana Santa?

- Ya a simple vista se prevé una sociedad más lúdica. La mayor tecnificación del trabajo y la mayor racionalización de las ocupaciones harán posible la disponibilidad de más tiempo libre¹⁵. Como ya podemos percibir ahora misma, se generaliza cada vez más el fenómeno social de las vacaciones. Alejadas de su

retoques en *Semana Santa de León*. Ed. J.M. González Gullón. León: Edilesa, 2000, pp. 13-34.

¹⁵ Cf. G. CONTESSA, G. “Tiempo libre”. En *Diccionario de Sociología*. Eds. Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner. Madrid: Cátedra, 1986, col. 1694-1700.

ambiente habitual, las gentes verán las celebraciones religiosas de la Semana Santa como algo lejano. Las procesiones, donde las haya, serán ofertadas como un motivo de atracción apenas distinguible de los espectáculos que se desarrollan en el más cercano “parque temático”

- Por otra parte, la sociedad del futuro será *cada vez más pluralista*. Vivirán y trabajarán juntos creyentes y no creyentes. O si se prefiere, creyentes practicantes y no practicantes. Entre los creyentes practicantes habrá grupos muy concienciados y bien formados que privilegiarán la lectura de la Sagrada Escritura y la celebración muy cuidada de las funciones litúrgicas. Y junto a ellos quedará todavía, al menos por un cierto tiempo, un resto de personas con poca instrucción bíblica y litúrgica. Junto a ellos, irá aumentando el grupo que ahora componen las nuevas generaciones, bastante aynas de formación religiosa y de profundas experiencias espirituales. Puede preverse que existirá entre esos tres grupos una fosa que dificulte la comprensión y la simpatía. Pero no sería extraño que todos ellos, por una razón o por otra, miraran a las cofradías y sus actividades con un cierto escepticismo
- Además, vamos hacia una *sociedad cada vez más intercultural*. En este caso habría que referirse explícitamente a una sociedad inter-religiosa. La emigración, sobre todo la procedente del Magreb y del África subsahariana, aportará un número creciente de musulmanes. Pero también vendrán budistas e hindúes. Vivirán juntos los cristianos y los no cristianos. En algunos barrios poblados ahora por una mayoría musulmana está siendo ya difícil el paso de las procesiones de Semana Santa, que desde fecha inmemorial transitaban por aquellas calles. Es una premonición de lo que puede ocurrir en un futuro muy próximo.

Pues bien, en esa sociedad que hemos imaginado marcada por esos tres rasgos distintivos, ¿cómo pueden las cofradías de Semana Santa afirmar las señas de su identidad? ¿Qué espíritu debería animarlas? ¿Qué sentido tendría para ellas la apelación a aquellas dos funciones tradicionales que las caracterizaron en otros tiempos? Tratemos aquí de esbozar tan sólo unas breves sugerencias.

- En una sociedad que descubre con entusiasmo el espacio para las vacaciones y el *tiempo libre*, las hermandades de Semana Santa podrán testimoniar la riqueza de lo celebrativo. Pueden ayudar a comprender que el verdadero ocio no es pereza sino ejercicio de contemplación de la verdad, del bien

y de la belleza. Es “regusto estelar de eternidad” como decía Ortega¹⁶.

Celebrar, en efecto, significa, entre otras cosas, ser capaces de sustraer un tiempo a las finalidades perentorias de la producción para dedicarlo a la “in-utilidad” de la experiencia religiosa. Dedicar un tiempo al misterio de la trascendencia implica profesarse libres del pragmatismo que señala las demandas de la immanencia. Dedicar un tiempo a Dios no es señal de esclavitud, sino de libertad. Así lo expresaban los textos bíblicos en los que se exhortaba al pueblo hebreo a observar la celebración del sábado, recordando que en los tiempos de su esclavitud no podía celebrarlo (cf. Dt 5,15).

- Por otra parte, en una sociedad que ha llegado a descubrir el ideal de la *libertad religiosa* y ha logrado hacerlo operativo en sus ordenamientos legales, será preciso reivindicar las posibilidades y consecuencias reales de ese derecho humano. Las Cofradías de Semana Santa pueden ejercer una impagable función educativa, tanto frente a sus propios miembros cuanto frente a toda la sociedad. La misma oferta de afiliación a nuevos hermanos y su incorporación a la cofradía constituye el ejercicio de ese derecho a la libertad religiosa. Pero más evidente todavía es el derecho a ejercer ese derecho cuando se trata de mostrar a propios y extraños la posibilidad de manifestar la vivencia y el testimonio de una opción de fe.

Ante este tema concreto, podremos encontrarnos con una curiosa paradoja. Cuando tantos cofrades se profesan no creyentes, las manifestaciones procesionales de las cofradías van a ser obstaculizadas precisamente como manifestaciones de fe. Mientras un cofrade se incorpora a este grupo cristiano como si fuera una asociación cultural, esta asociación será registrada oficialmente y considerada socialmente como una organización religiosa. Creemos que será ésta una buena ocasión para que los cofrades se planteen seriamente su identidad y sus propósitos al afiliarse a esta asociación y no a otra.

- Y por fin, como ya se dijo, las hermandades y cofradías se van a encontrar muy pronto en medio de una *sociedad intercultural* y multiétnica. Otras agrupaciones religiosas, cada vez más numerosas en los ambientes tradicionalmente católicos, reivindicarán el derecho a manifestar no sólo su identidad cultural, sino también su fe. En esa nueva situación, las hermandades de Semana Santa están llamadas a ofertar y testimoniar la “confesión” de su fe. Con toda intención creemos

¹⁶ Cf. LAÍN ENTRALGO, P. *Ocio y trabajo*. Madrid: Revista de Occidente, 1960; ORTEGA Y GASSET, J. “Meditación sobre la técnica”. En *Obras Completas*, Vol. 5. Madrid: Revista de Occidente,

1955, pp. 320-345; MALDONADO, L. *Introducción a la religiosidad popular*. Santander: Sal Terrae, 1985, pp. 123-125.

que se pueden subrayar esos dos verbos. La vivencia de la fe, por muchos ribetes históricos y culturales, sociales y artísticos que la acompañen, habrá de convertirse cada vez más en una oferta consciente y decidida, pero también en un testimonio respetuoso y valiente.

Anuncio del hombre

Esta tarea del anuncio cristiano en modo alguno significa una evasión de los compromisos sociales, como pretendía hacernos creer el marxismo tradicional. A aquella acusación ya respondió de forma decidida el Concilio Vaticano II, diciendo:

“La esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales, sino que más bien proporciona nuevos motivos de apoyo para su ejercicio. Cuando, por el contrario, faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas –es lo que hoy con frecuencia sucede–, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación” (GS 21; cf. GS 39).

Las hermandades de Semana Santa pueden hacer evidentes estas convicciones ya con su misma forma de organizarse y de actuar. Ellas pueden proclamar que la fe no sólo no disminuye la dignidad del ser humano sino que la enaltece. La práctica religiosa no sólo no aleja al ser humano de sus semejantes sino que le ofrece nuevos motivos para prestarles una atención cordial y una ayuda eficaz si fuera necesaria. La vivencia de Dios no nos aleja de la convivencia con el hombre. Al comienzo del tercer milenio cristiano, el papa Juan Pablo II nos invitaba a ejercitar la imaginación de la caridad:

“El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social. El cristiano, que se asoma a este panorama, debe aprender a hacer su acto de fe en Cristo interpretando el llamamiento que él dirige desde este mundo de la pobreza. Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de un nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse

*cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno”*¹⁷.

Importa la pobreza del ser humano, pero importa sobre todo la persona. Tal vez el problema más urgente sea precisamente el hombre. Algún tiempo después del Concilio se habló y se escribió mucho sobre la pretendida muerte de Dios en nuestra sociedad¹⁸. Por fortuna, ha habido teólogos que han sabido repensar la verdadera “muerte de Dios” en la cruz de Jesús y en el sufrimiento de los inocentes¹⁹. En realidad, pasados algunos años, habría que preguntarse si lo que ha ocurrido no será más bien la muerte del hombre. El hombre ha sido triturado, envilecido y objetivado. Y la comprensión del hombre es, a su vez, fragmentaria.

Las hermandades podrían ayudar al hombre de mañana a redescubrir la dignidad de la persona que sufre, a la luz de los misterios de la pasión y muerte de Jesús. En el mundo de hoy se pueden controlar muchos dolores humanos, pero hay todavía mucho sufrimiento que la sociedad pretende ignorar, como ha dicho Benedicto XVI en su encíclica *Salvados en esperanza*²⁰. Las hermandades de Semana Santa pueden ayudar a percibir los valores fundamentales que configuran la verdadera *humanitas*: el valor del sentido, el valor de la verdad y el valor de la vida.

- El valor del sentido nos ayudaría a redescubrir el destino trascendente de cada persona y de toda la peripezia humana. El hombre es más que lo que produce. La persona no puede ser equiparada a los bienes que produce o a los servicios que presta. El sentido de la vida humana no se agota en la inmediatez²¹.
- El valor de la verdad nos enfrenta a un mundo basado en la propaganda y la publicidad. Es preciso redescubrir la verdad del ser humano. En primer lugar, la verdad ontológica, ésa que nos revela la mismidad y la dignidad de la persona. Y después, la verdad moral, que está hecha de coherencia y de sinceridad: con uno mismo y con los demás.
- El valor de la vida puede sonar como una imposible utopía en medio de un mundo que a veces parece decidido a instaurar una cultura de la muerte. La vida humana se encuentra con frecuencia en desventaja frente a la estima que merece

¹⁷ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (6.I.2001) 50.

¹⁸ Véase, a modo de introducción, CAMPS, V. *Los teólogos de la muerte de Dios*. Barcelona: Nova Terra, 1968; BISHOP, J. *Los teólogos de la muerte de Dios*. Barcelona: Herder, 1969; ZHRNT, H. *Dios no puede morir*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1971.

¹⁹ Cf. MOLTSMANN, J. *El Dios crucificado*. Salamanca: Sígueme, 1975; GUTIÉRREZ, G. *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*. Salamanca: Sígueme, 1986.

²⁰ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi* (30.II.2007) 36.

²¹ Cf. BENZO, M. *Sobre el sentido de la vida*. Madrid: BAC, 1986; FRANKL, V. *El hombre, en busca de sentido*. Barcelona: Herder 1995 (17ª ed.); LÓPEZ QUINTÁS, A. “Sentido de la vida”. En *Diccionario de pensamiento contemporáneo*. Madrid: Ed. San Pablo, 1997, pp. 1073-1080.

la vida de algunas plantas o de algunas especies animales. Y aun cuando se trata de defender la vida humana, se establecen innumerables salvedades y excepciones que dejan sin tutela las vidas más inocentes y las más amenazadas, tanto al comienzo como al fin de su itinerario biográfico.

Pues bien, al dedicar su tiempo, su atención y su devoción al misterio de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, las hermandades estarán aportando a la sociedad del futuro los elementos básicos de una antropología antigua y siempre nueva. Los fundamentos de esa antropología han sido revelados precisamente por el mártir del Gólgota, que dió su vida para que los hombres tuviéramos una vida plena y verdadera, una vida eterna.

Presentando a Jesús ante las gentes, Pilato dijo más de lo que pretendía. “He aquí al hombre” (Jn 19,5). En realidad, aquel hombre era el modelo y paradigma de todo hombre. Era la revelación del hombre al mismo hombre (cf. GS 22). Quienes sacan en procesión su imagen dolorida, no pueden desentenderse de su imagen viviente, con la que él ha querido identificarse: la imagen de los hambrientos y sedientos, los forasteros y los desnudos, los enfermos y los prisioneros (cf. Mt 25, 31-46).

CONCLUSIÓN

No sólo la reflexión teológica, sino también mi experiencia como miembro de dos hermandades de Semana Santa me llevan a desear que el papel de las hermandades de Semana Santa no quede relegado a los documentos que reflejan su noble historia del pasado. Si su número aumenta sensiblemente en el presente, su misión está llamada a renovarse en el futuro. Tal renovación exige superar al menos tres tentaciones y asumir tres grandes desafíos.

a. Las primeras tentaciones son la secularización interna y el narcisismo paralizante. Han de evitar, además, caer en el pecado de la “competitividad”. Sería una fatuidad presumir del número de miembros, de las riquezas materiales, de la belleza de las imágenes o los tronos o de la sonoridad de las piezas musicales que interpretan las bandas de las hermandades. En el servicio a lo religioso no tiene sentido presentarse con más méritos que los demás. “En la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa”²². Los cristianos no pueden ignorar el rostro de los pobres, a los que la Iglesia ha prestado una afectiva y efectiva atención a lo largo de los siglos²³.

Para ser fieles a su identidad y su misión, las hermandades de Semana Santa han de evitar, en fin, el peligro de la “insignificancia” en el mundo social en el que se mueven. Dejarán de ser fermento en la masa (cf. Mt

13,33), sal (Mt 5,13) y luz (Mt 5,14) de este mundo cuando pierdan su vocación profética. Y la perderán si ignoran la fuerza espiritual que les ofrecen los mismos misterios que representan. La privatización y la culturalización de la experiencia religiosa significarían no sólo aceptar su propia apostasía religiosa sino también su definitiva afonía social.

b. El primero de los desafíos es el de dar testimonio de Jesucristo, nuestro Redentor y Salvador. Al celebrar los días santos, celebramos la grandeza de su vida y el drama asombroso de su muerte. Ninguna otra historia es más digna de ser contada.

Además, las hermandades de Semana Santa han de vivir una profunda y sincera eclesialidad. “Ningún hombre es una isla, completa en sí misma; todo hombre es una pieza de un continente, una parte del conjunto”. Ese célebre pensamiento de John Donne, que el monje Thomas Merton contribuyó a popularizar más aún, vale para la vida social en general. Pero es especialmente válido para la vida de los cristianos.

El Concilio Vaticano II sitúa el comienzo y expansión de la Iglesia en la cumbre del Calvario. Su nacimiento y su misterio han sido significados por la sangre y el agua que manan del costado abierto de Cristo crucificado (cf. Jn., 19,34), y también por las palabras de Cristo alusivas a su muerte en la cruz: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí” (Jn., 12,32). (LG 3). Su pertenencia activa a la Iglesia dará a las cofradías una nueva vida.

Finalmente, las hermandades de Semana Santa han de anunciar los valores de la trascendencia y el valor de la fe consciente, adulta y operativa en un Dios Creador y Padre. En esa fe consiste la grandeza de la aventura humana, como ya recordaba el Concilio Vaticano II:

“La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador” (GS 19).

Son muchas las voces que se dirigen a nosotros para hablarnos de las realidades intermedias y relativas. Y está bien, porque son importantes en sí mismas y porque no podemos prescindir de ellas. Pero no son muchos los que se nos acercan para recordarnos la presencia de esa Realidad última y absoluta, que, al final da sentido a nuestra existencia. Si las cofradías de Semana Santa logran decir una palabra convincente sobre Dios y ofrecer una imagen atrayente de Dios, habrán dicho al hombre la mejor de las palabras y le habrán presentado la imagen que busca sin saberlo.

²² BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25.12.2005) 20.

²³ Cf. FLECHA, J.R. “Jesús, la Iglesia y los pobres”. *Dios es amor. Comentarios a la Encíclica de Benedicto XVI “Deus caritas est”*. Coord. J.R. Flecha. Salamanca: Universidad Pontificia, 2007, pp. 215-239.